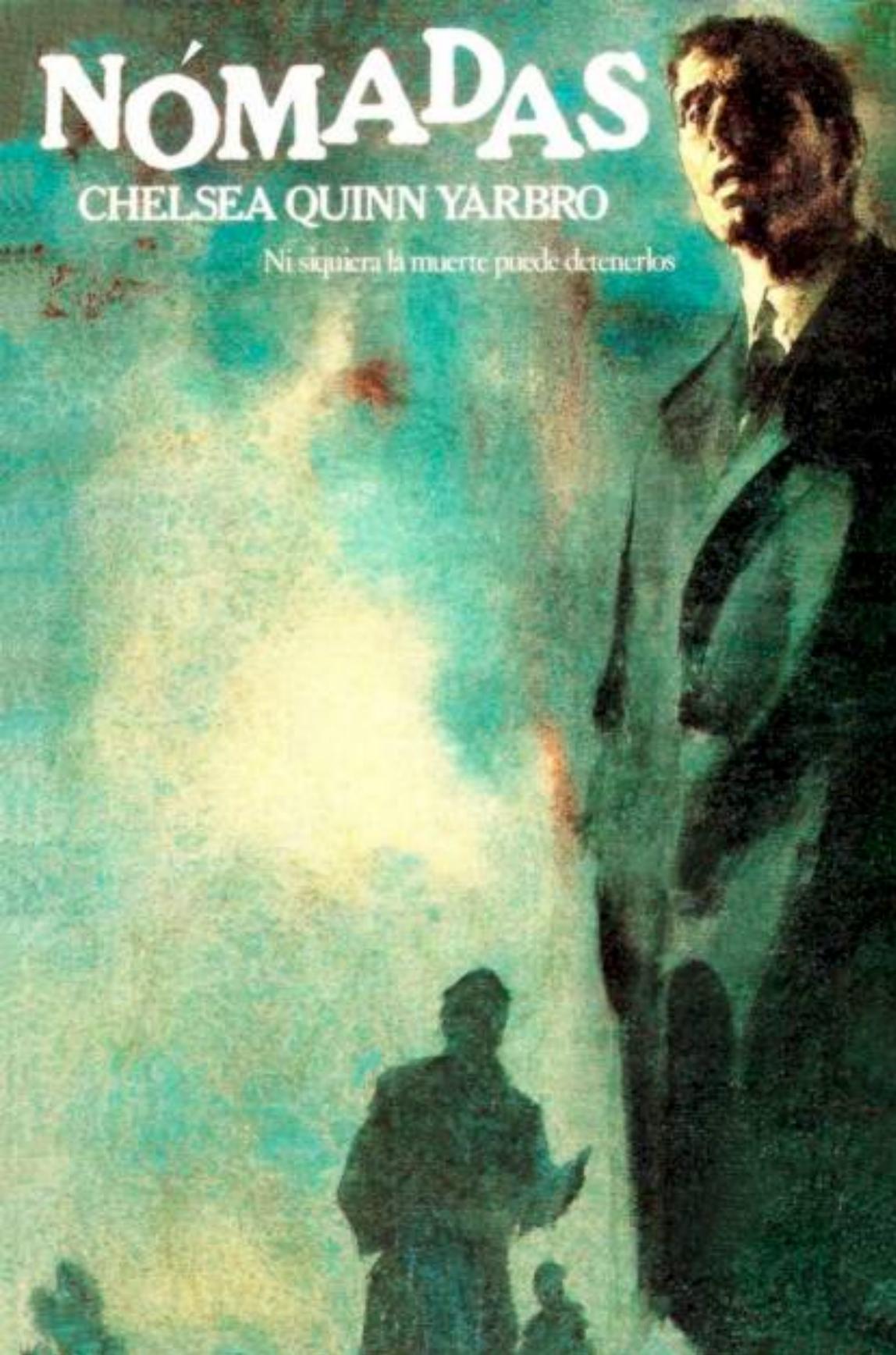


# NÓMADAS

CHELSEA QUINN YARBRO

Ni siquiera la muerte puede detenerlos



Han vivido sin ser vistos entre nosotros durante incontables siglos: criaturas del mal sin rostro, oscuras, vagando sin cesar, buscando alimentar su horrible hambre. Un hombre los ha visto, los ha perseguido hasta su último refugio al borde de los páramos urbanos. Para él, la entrada a su mundo infernal tiene un precio terrible. Ahora, una joven doctora está reviviendo su incursión al terror. Para ella, el viaje apenas comienza y la pesadilla nunca terminará...

El Profesor Jean Charles Pommier, un prestigioso antropólogo, ha dedicado su vida al estudio de unos extraños seres trashumantes. Él los ha visto y ha pagado muy caro la temeridad de internarse en el mundo infernal donde se agazapan las siniestras criaturas... Ahora, Eileen Flax, una joven neuróloga que quiere alejarse de su pasado, se descubre inmersa en la misma pesadilla, y comenzará para ella un viaje de terror que quizá no termine nunca.

La presente novela ha sido llevada a la pantalla por John McTiernan, y se ha convertido en un éxito del género.

## Nota sobre la autora

CHELSEA QUINN YARBRO (nacida el 15 de septiembre de 1942) es una escritora estadounidense. Es conocida por su serie de novelas históricas de terror sobre el vampiro Conde Saint-Germain.

Es una reconocida maestra de la literatura de horror contemporáneo. Sus relatos aparecen en las mejores antologías actuales.

Yarbro nació en Berkeley, California. Asistió a las escuelas de Berkeley hasta la escuela secundaria, seguido de tres años en San Francisco State College (ahora Universidad).

En noviembre de 1969 se casó con Donald Simpson y se divorció en febrero de 1982. No tiene hijos.

Escribiendo durante más de 45 años, Yarbro ha trabajado en una amplia variedad de géneros, desde ciencia ficción hasta westerns, desde aventuras para jóvenes adultos hasta terror histórico. Es autora de más de 70 novelas y numerosos cuentos. Además de las novelas del Conde Saint-Germain, también ha publicado numerosos volúmenes en una popular serie de sabiduría canalizada de la entidad Michael en la serie Mensajes de Michael.

La contribución de Yarbro al género de terror ha sido reconocida de varias maneras: fue nombrada Gran Maestra en la Convención Mundial de Terror en 2003, y en 2005 el Gremio Internacional del Terror la nombró "Leyenda Viviente". Ha recibido la Orden de Caballeros de la Ciudadela de Brasov de la Sociedad Transilvana de Drácula. En 2009, la Asociación de Escritores de Terror entregó a Yarbro el premio Bram Stoker Lifetime Achievement Award. En 2014, fue honrada con el premio World Fantasy Award por logros en la vida.

Además, dos de sus novelas, *El palacio* (1979) y *Ariosto* (1980) fueron nominadas al World Fantasy Award.

En promedio, Yarbro escribe de tres a cuatro libros y uno o dos cuentos y/o ensayos al año. Escribe seis horas al día, seis días a la semana, excepto cuando viaja. Cinco días a la semana pasa de tres a cuatro horas investigando.

Aparte de escribir, ha trabajado como cartógrafa, ha leído cartas de tarot y palmas, y ha compuesto música, todo lo cual sigue haciendo. A lo largo de los años, ha estudiado siete instrumentos, voz y teoría musical: composición, voz y piano han seguido siendo intereses activos para ella. El boletín, *Yclept Yarbro*, sobre ella y sus escritos ha sido publicado desde 1995 por Lindig Hall Harris. Desempeñó un papel importante en la popularización de *The Eye of Argon*, una novela que se convirtió en parte del extenso juego de lectura de convenciones de ciencia ficción.

*Dedicado a  
Suzy y Steve Chamas,  
con profunda gratitud por sus copiosos  
desayunos.*

Una vez más, la fotografía llamó su atención.

Se veía un solo esquimal, de pie en el hielo, con el enorme vacío blanco rodeándolo de manera tan abrupta que el cortante viento parecía brotar del brillante papel. El esquimal había sido fotografiado desde gran distancia, por lo que su aislamiento era casi absoluto.

Y había algo en él, algo inquietante, que poco tenía que ver con la caza. Ahora, como cuando Pommier vio por primera vez al hombre y tomó la foto, le pareció que la solitaria figura era..., estudió intensamente al cazador..., era un intruso.

## 1

Eileen Flax medio se despertó cuando el teléfono sonó al final de la noche; los últimos retazos de su sueño seguían en Boston con la amargura y la culpa. Entonces sonó por segunda vez e intentó cogerlo, ya plenamente consciente de estar en Los Angeles, recuperando unas horas de sueño en una camilla, en una sala a la que no tenían acceso los pacientes. Cogió el auricular mientras tanteaba buscando el interruptor de la pared, y parpadeó por la cortante luz del fluorescente.

—¿Ya? —le preguntó a la excitada voz del teléfono, escuchando el sonido ronco e inservible que acababa de emitir—. No. Entiendo. Estaré allí en seguida.

Colgó el teléfono mientras se frotaba la cara. Miró sin ganas el reloj de pared.

—Las tres y veinte —murmuró como si el decir esas palabras hiciera desaparecer el reloj. La camilla se separó de la pared al moverse y tuvo que sujetarse para no caer—. Dios, las tres y veinte.

Ya en el baño, se salpicó agua en la cara y se miró al espejo. Se sorprendió un poco al ver que sus rasgos no habían cambiado; medio esperaba alguna transformación que confirmara esa sensación de desarraigo que le invadía desde que su marido la abandonó. Pero no. Seguía igual. Tenía el pelo revuelto, la bata arrugada, los ojos enrojecidos por falta de sueño y sentía dolorosamente su edad, pero seguía siendo ella. Suspiró con tristeza e intentó sonreír, mientras enderezaba la tarjeta de solapa que la identificaba como residente, y salió fuera.

Tuvo que esperar al ascensor pese a la hora que era, y al entrar lo encontró ocupado por dos enfermeros de noche

con bandejas de comida. Flax intentó imaginar quién necesitaba comer a esas horas de la madrugada. Los dos jóvenes bromeaban con el acostumbrado humor negro, y de cuando en cuando golpeaban la bandeja para enfatizar lo que decían. Las bandejas de metal chocaban entre sí y resonaban como gongs desafinados haciendo que Flax frunciera el entrecejo.

Cuando salió del ascensor, en urgencias, Flax casi dio la bienvenida a la conmoción y la preocupación que la esperaban.

—¡Aprisa! —gritó uno de los internos al verla bajo la luz de los fluorescentes.

—Café —repuso Flax dirigiéndose al único cubículo ocupado—. ¿Qué tenemos?

El interno, un joven delgado tan exhausto que parecía moverse sólo por energía nerviosa, le alargó un vaso de plástico lleno del líquido negro y viscoso de la cafetera.

—La policía le trajo hace quince o veinte minutos...

—¿Por qué tardaron tanto en llamarme? —le interrumpió.

—Espere a verlo. Creían que le habían asaltado. Tiene cortes y contusiones hasta en la epiglotis. Querían echarle un vistazo a las heridas antes de hacer cualquier cosa, ¿sabe? Está hecho un desastre.

—¿Dónde le encontraron?

La cafeína empezaba a hacer efecto. Flax sintió la primera oleada de falsa energía como un agitar de mariposas en el pecho.

—Los polis dicen que lo encontraron en la playa, por el muelle de Santa Mónica.

—¿Ahogado? —preguntó terminando el café mientras escuchaba la respuesta del interno.

—No. Creen que debe de haberse caído al muelle, o puede que se tirara. A juzgar por..., por todo, debe de ser algún tipo de sobredosis.

Flax notó la inseguridad del hombre.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está el problema?

El interno se encogió de hombros, irritado y perplejo a la vez.

—Es que... bueno, no da el tipo. El hijo de puta es como un boxeador... No es muy grande, pero sí muy fuerte. Tuvimos que ponerle en la mesa de examen entre cinco. Y eso pese a los cortes y los golpes. Y no coopera nada en absoluto. No hemos podido ni verle el fondo del ojo.

Flax frunció el ceño por la concentración, ya lo bastante despierta como para estar intrigada.

—¿Es violento?

—Ésa es una manera de decirlo. Desde luego hay una cosa segura, si yo fuera el tipo que le ha asaltado, probablemente estaría en peor estado que él. Claro que todo puede ser cosa de las drogas, pero... no sé. Lo dudo. —Miró incómodo a su alrededor—. Bastante al menos.

—¿Qué han dicho en el laboratorio que es?

Volvía a moverse, repasando los casos de sobredosis que había examinado, buscando algo que le permitiera encargarse de este caso de urgencia. Apartó a los enfermeros que estaban en la entrada del cubículo.

—Todavía están en ello. Vaya con cuidado, doctora. Está en muy mal estado. Parece que ni siquiera nos ve. Tenemos muestras de sangre y de saliva, pero nada más. Parece algo deshidratado, pero yo no estaría muy seguro...

Flax apenas oyó esto último porque un sonido surgió del cubículo. Un grito terrible compuesto de miedo y rabia.

—Está así desde que le trajeron —dijo el interno en voz más alta.

—Pero... —objetó Flax, intentando entender lo que oía.

—Sí. No sabemos lo que es. Es demasiado rápido.

El interno hizo una mueca cuando llegaron a la mesa de examen y miraron al hombre atado.

Inclinado sobre la forcejeante y aullante figura estaba uno de los dos policías, un mexicano grande de rostro moreno.

—Calma, calma. ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿Cómo se llama? —repetía en español, de manera tan insistente y vacía como la sonrisa de un camarero, sin hacer efecto alguno en el paciente.

El otro policía, un joven corpulento, estaba algo apartado con una bolsa de hielo aplicada en el rostro.

—Hay otro problema —continuó el interno siguiendo la mirada de Flax—. Tendrías que verle. Está empapado en sangre. Y quiero decir empapado. Parece como si se hubiera metido en un barreño lleno. Le hemos limpiado todo lo posible y tiene algunos cortes, pero sin importancia. Dios sabe de dónde habrá salido el resto, y...

Flax había estado escuchando al paciente mientras éste hablaba bajando y subiendo el tono de voz profiriendo palabras incomprensibles.

—¿Francés?

El interno calló un momento y torció la cabeza para escuchar.

—Es posible. Pero no conozco el acento. Y habla demasiado rápido.

Flax consiguió aislar un par de palabras.

—Sí que lo es. Pero no el que aprendí en la escuela. —Se llevó la mano a la frente, una arruga se formó entre los ojos—. ¿A quién tenemos por aquí que sepa francés, esta clase de francés?

El interno hizo un gesto de desespero e intentó seguir hablando por encima de los gritos.

—El laboratorio dice que tendrá el análisis dentro de quince minutos. No va a ser fácil encargarse de él hasta entonces, pero si podemos calmarle lo bastante como para iniciar la des...

Una de las enfermeras que atendían al paciente apartó el último de los muchos paños teñidos de sangre y fue hacia la puerta, chocando casi con Flax.

—Perdone —dijo, apartándose.

Le habría gustado tener una visión clara del hombre, pero había demasiada gente a su alrededor y sólo era visible alguna rodilla o muñeca ocasional.

—No importa. Estoy a punto de acabar.

Le dedicó un cansado rictus de la boca que quería ser una sonrisa y salió del cubículo caminando por el pasillo, dejando atrás de sí manchas estriadas con algo de color allí donde sus pies pisaban el suelo.

—Mire... Keenan —dijo Flax, leyendo el nombre del interno en su tarjeta—, me gustaría tener la oportunidad de...

Pero Keenan estaba lanzado, y no quería ser interrumpido.

—Tiene las pupilas contraídas. La piel pegajosa. La presión alta. Las respuestas motoras no dejan lugar a dudas. Pero, de todos modos, no estoy muy seguro. Apenas sabemos nada y no hemos conseguido mucho. Y no puede sedarle hasta recibir el informe de laboratorio, por si hay incompatibilidades.

Flax notó el usted implícito en la advertencia de Keenan, y meneó la cabeza.

—¿Qué dicen los policías? ¿Algo que pueda servirnos?

El oficial más joven le entregó la bolsa de hielo a una enfermera que acababa de llegar.

—Tiene una herida muy fea, oficial —le dijo la enfermera en un tono determinado, desafiándole con la mirada a que replicara.

—No necesito nada —murmuró el joven policía, apartando a la enfermera y acercándose a la mesa.

Flax vio tensión en los brazos del paciente y se asombró al darse cuenta de que estaba esposado. Dio media vuelta y se enfrentó a Keenan, apenas capaz de calmar el tono de su voz.

—¿Quién ordenó que le esposaran?

—Había que hacer algo. Golpeó a dos enfermeros y ya ha visto cómo está la cara del policía. —Su protesta tenía la

petulancia necesaria para que Flax viera que Keenan se sabía equivocado—. No teníamos tiempo de traer correas adecuadas. Los policías ya le tenían esposado y pensé que sería lo mejor para contenerle...

—Pero ya habrá mandado por correas, ¿verdad? —exigió Flax, y no se sorprendió cuando obtuvo el silencio por respuesta—. Creo que será mejor que lo haga ahora mismo, ¿no le parece, Keenan?

—Sí... —murmuró. A continuación se recuperó e intentó defenderse—. Estamos en urgencias, y no siempre podemos hacer las cosas según las normas. Hubo que utilizar las esposas.

—Pero ya no hay por qué —insistió Flax.

—Sé que es nueva aquí, y no quiero ponerla en una situación así. ¡Pero qué infiernos! Si le doy un sedante sin la autorización de neurología quedaré con el culo al aire.

Era toda la justificación que pensaba darle.

—Pues ya tiene el culo a salvo. Traiga esas correas e inicie un examen de emergencia para ver si averiguamos de dónde sale toda esa sangre, y mire a ver si hay alguien que hable francés. Y algún cura. —Tomó un último trago de café y descubrió que estaba frío—. ¡Puaj, qué asco! Un sacerdote. Si es francés probablemente sea católico.

—¿Un sacerdote? ¿No pensará que está... tan mal? No creará... —barbotó Keenan, olvidando su protesta por la preocupación.

—No sé qué pensar. Todavía no he podido examinar al paciente ¿recuerda?

Este último comentario dio en el blanco.

—Iré por los monitores. Me encargaré de todo —repuso Keenan, contento porque algo le alejara de la sala de urgencias, y salió con apresuramiento.

Flax posó la mano en el hombro de la enfermera más próxima, y avanzó hacia la mesa cuando ésta se apartó. Por fin pudo verle con claridad, y necesitó toda su experiencia para contener el desmayo.

El hombre de la mesa gritó. El sonido se desgarró tornándose ronco.

—Está en muy mal estado —declaró con orgullo el policía joven, como si hubiera habido un concurso y él fuera el ganador por tener sólo una herida.

—Ya lo veo —respondió Flax, sintiendo cómo el miedo que le atenazaba la espina dorsal con fríos tentáculos se desvanecía bajo una mezcla de rabia y simpatía—. Y que necesita ayuda.

El decir esas pocas y vulgares palabras la animaron, y pudo mirar al paciente con más distanciamiento. Tragó saliva haciendo un esfuerzo, puso la mano en su brazo y sintió cómo se contraían los músculos. Mantuvo la mano en él simulando una confianza que no sentía, hablando tranquila y pausadamente por encima de los gritos y susurros en ese francés rápido y poco familiar.

—Vamos, vamos, por qué no me dice lo que le ha pasado, ¿eh? ¿Quiere contármelo todo?

Cogió el estetoscopio, pero ya sabía lo que oiría; el pulso se vislumbraba claramente en las dilatadas venas de su cara y cuello. Realizó metódicamente los movimientos acostumbrados; necesitaba la confianza que le proporcionaba ese acto habitual, vulgar, racional, para poder concentrarse en el trabajo.

El policía más joven miró al paciente con una mezcla de triunfo y repugnancia en el rostro.

—No sé lo que le ha pasado, pero debió de ser toda una juerga. —Miró a su compañero buscando apoyo—. Nos pasaron la llamada hace menos de una hora. Alguien le vio tambalearse por Ocean Avenue en dirección al parque. Dijeron que cojeaba, pero eso lo tendría que confirmar usted.

—Con heridas como éstas podría cojear perfectamente —dijo Flax, sin ceder ante el oficial—. Creí que le encontraron en el muelle.

—Debajo del muelle —respondió el otro con una pizca de resentimiento en la voz—. Cuando le pillamos estaba casi en el agua. Debimos perder unos diez minutos buscando por el paseo marítimo. Es donde suelen ir los *yonkies* —añadió, como justificando el retraso.

—¿Qué le hizo pensar que era un *yonki*? —preguntó más para tener al policía hablando que para conseguir información.

—Vamos, señora. ¿Por qué no le mira? —dijo haciendo un gesto de énfasis con la mano que casi toca la frente del paciente.

—¡Eh...! —le avisó Flax, justo cuando el hombre profirió un largo y desolador gemido y se incorporó hasta casi sentarse, enderezándose todo lo que le permitían sus esposadas manos.

El metal de las esposas resonó contra el de las patas de la mesa.

El policía gritó y echó mano a la porra, su expresión pasó de la confianza a la alarma. Sólo el sentir que su compañero le contenía impidió que golpeará al paciente. El enfermero que entró en ese momento se sobresaltó más aún; la bandeja con frascos y redomas que llevaba voló por los aires, y se oyeron cristales rotos cuando tocó el suelo.

El paciente se estremeció en la mesa de examen, y le sangraron las muñecas allí donde la fuerza de su movimiento hizo que se le clavarán las esposas. Liberó una de las piernas y golpeó a una enfermera. Gritaba sin proferir palabras como si fuera un animal acorralado.

—¡Paradlo! ¡Maldita sea, detenedle! —gritó Flax, casi sin ser oída por el caos—. ¡Todo el mundo quieto! —Se acercó al hombre de la mesa—. ¡Está destrozándose las muñecas! ¡Alejaos de él! ¡Atrás todos!

El policía joven se había recuperado lo bastante para sentirse avergonzado y se acercó al paciente como queriendo enmendarse. Su compañero lanzó un grito de protesta.

—¡No! —gritó Flax, y por primera vez en su vida utilizó el aikido fuera de clase.

Apartó al policía de la mesa sintiéndose extrañamente complacida consigo misma por recordar esto del curso que hizo dos años antes. Soltó al policía cuando consiguió sacarlo del cubículo, y a continuación se arregló la arrugada bata.

—Espero que nos disculpe, oficial. Toda esta gente no hace más que empeorar la situación de ese hombre. Estoy seguro de que no le importará esperar aquí fuera. Por favor. Gracias —añadió sin darle tiempo a responder.

Entonces vio al enfermero que se arrastraba agachado por el suelo buscando más trozos de cristal.

—Usted también, enfermero.

—Larry.

—Fuera, Larry.

Sintió alivio al ver que el policía mexicano salía voluntariamente.

—Pero los cristales... —decía Larry, agitando con las manos en dirección al suelo—. Alguien tiene que limpiar...

Flax levantó la mano pidiendo silencio y se obligó a ser paciente.

—Salga —dijo con voz tranquila.

Larry se encogió de hombros y dirigió una mirada incómoda al cubículo donde el hombre desconocido había dejado de gritar y en vez de eso gruñía lo que parecían maldiciones.

—Estaré aquí fuera. Sé algo de karate, y si...

Miró a los policías como si no estuviera seguro de que pudieran encargarse adecuadamente del paciente si éste volvía a ponerse violento.

—Gracias —dijo Flax con una voz baja que pretendía calmar también a los policías. Había notado la manera en que Larry los miraba. A continuación se dirigió a las enfermeras del cubículo—: Creo que sería mejor que sólo hubie-